

RIAL LÓPEZ, Manuel. *San Benito de Palermo. Su influencia en Galicia y en el mundo*. Pontevedra, 2026. 475 páginas. D.L.: PO 208-2026.

Nos hallamos ante una obra monumental sobre un santo negro cuyo culto cuenta con varios estudios, como los del hispanista francés Bernard Vincent,¹ que se encuadran en tendencias recientes de recuperación de advocaciones singulares o minoritarias que, por esto mismo, fueron desatendidas ante aquellos nombres del santoral más conocidos o más reconocidos. De esas advocaciones minoritarias la atención se ha puesto en aquellos hombres y mujeres que accedieron a los altares a pesar de tener un origen social de nivel bajo o subalterno o circunstancias naturales especiales como las derivadas del color de su piel. En este libro se estudia uno de estos casos extraordinarios, el de san Benito de Palermo, el santo «africano», «moro» o «negro». El autor, Manuel Rial López, no es historiador de formación, sino que, como él mismo confiesa, su interés partió de la cercanía con una imagen de ese santo, la existente en la parroquia pontevedresa de Santa Cristina de Cobas, una pieza de madera que se conserva en su iglesia desde el siglo XVIII. Esa imagen se celebraba cada año el martes de Pascua acudiendo numerosos romeros y devotos a pedir favores, entregar sus promesas y llevar el santo en procesión. Más allá de esa parroquia rural gallega, lo cierto es que se trata de un culto extendido de los dos lados del Atlántico.

La obra está escrita en primera persona –Manuel Rial insiste en que su trabajo no busca responder a una estricta objetividad científica– y está organizada en ocho capítulos en los que se recogen las imágenes y tradiciones localizadas por el autor en España, Italia, Portugal, Iberoamérica, Estados Unidos y África, y en museos de diferentes lugares. Están precedidos por una introducción explicativa del sentido del libro y de una recopilación de los milagros atribuidos al santo, además de una biografía de este, esencial para entender su trayectoria hacia los altares y su repercusión posterior. Para este primer objetivo, la vida de San Benito, el autor se basa en los textos de Doménico Rubiano (1591), Antonio Daca (1611) y Antonio de Randazzo (1623) que responden a los cánones de la hagiografía postridentina, mezclando datos reales con otros destinados a subrayar los aspectos más ejemplarizantes del biografado para conducirlo a la beatificación.

En el siglo, el santo fue conocido como Benito Manaseri. Era hijo de un matrimonio de esclavos de origen etíope, cristianos ambos. Nació en 1524 en San Filadelfo, pequeño pueblo cercano a la ciudad siciliana de Mesina; por un compromiso del amo de sus padres, el niño fue libre desde su primer día; sus otros hermanos serían libertados por sus amos más adelante. Su familia y él trabajaban las tierras de sus propietarios, como los numerosos esclavos y libertos de la isla. Influido por un ermitaño de su vecindad, Girolamo Lanza, Benito entró en 1545 en un eremitorio

1 Bernard VINCENT, «San Benito de Palermo en España», *Studia Historica: Historia Moderna* 38, n.º 1 (2016): 23-38. <https://doi.org/10.14201/shhmo20163812338>.

vinculado a la regla franciscana, profesando en 1550. Esa vida anacoreta fue reconducida hacia la vida conventual en la profunda reforma del franciscanismo impuesta por Pío IV; tras un período de transición y de reflexión sobre la rama franciscana que mejor iba a su forma de entender la religión, Benito acabó eligiendo a los franciscanos menores, en el convento de Santa María de Jesús de Palermo.

Benito carecía de formación –según sus hagiógrafos era analfabeto– y su condición social y racial no le daban otra opción que entrar como fraile lego, cuya misión era servir a la comunidad en diversos trabajos, de los que se le encomendó la cocina. Sin embargo, accedió a cargos de responsabilidad en el convento –prior, vicario, maestro de novicios– lo que implica que tuviera un buen nivel de conocimientos, más allá de que su vida fuese ejemplar y diese ya que hablar por sus dotes espirituales, su receptividad para atender problemas de los pobres y enfermos, o su capacidad de colaborar en los trabajos de la comunidad.

Fray Benito falleció el 4 de abril de 1589. Desde entonces, una rápida fama de milagros y prodigios, fomentada por los franciscanos, hizo que su tumba se convirtiera en lugar de devoción, lo que llegaría a altas esferas. Así pues, en 1608 el rey Felipe III ordenó al virrey de Sicilia, duque de Alburquerque, la dignificación del sepulcro. En 1652 fue elegido patrono de Palermo, pero su beatificación se retrasó a 1743 y su canonización a 1807, de modo que sería el primer santo negro posttridentino.

Iniciada la propagación de su devoción en la propia Sicilia desde el tránsito del siglo XVI al XVII, la monarquía hispánica a la que pertenecía el gobierno de la isla contribuyó a la expansión del culto a fray Benito, en el contexto de una competitiva promoción de nuevos santos y santas para hacer frente a las intensas campañas de la monarquía francesa para conseguir puestos en el santoral. La devoción inicial fue considerable en las comunidades de esclavos y libertos de ciudades andaluzas como Sevilla o Córdoba, muy numerosas, y sin duda se debió a la presencia de casas franciscanas y a la promoción impulsada gracias a la celebración de capítulos generales de la orden en Valladolid y Toledo en 1593 y 1600 y a la llegada y dispersión de reliquias de fray Benito. En ese proceso, como en otros de ese período, tuvo su efecto el teatro, en especial «El santo negro» de Lope de Vega (1607), y, todavía más, la creación de cofradías bajo su advocación. La proliferación de sus imágenes corrió en paralelo y sobre todo después de la beatificación y de la canonización.

La trayectoria posterior responde en gran medida en que se convirtió en un símbolo de lucha, en especial de las comunidades de esclavos y libertos de ascendencia africana. La rápida propagación del culto sin duda se debió a la existencia y elevado número de esas comunidades en los espacios hispánico y portugués, y a la extensa red transnacional de los franciscanos y de las clarisas y de la orden tercera seglar (VOT). Esto es precisamente lo que se estudia de forma sistemática en esta obra siguiendo el hilo conductor de las imágenes. La aportación clave de la obra de Manuel Rial tiene su clave en su aporte

iconográfico. El autor no solo ha recogido un enorme número de imágenes de muchos lugares y tiempos, sino que las ha clasificado, estableciendo una partición en tres tipos: el siciliano, en el que el santo tiene en sus brazos a Jesús niño; el español, en el que sostiene en una mano un crucifijo y en la otra un corazón en llamas o sangrante; y el portugués, en el que la imagen porta en una mano un paño de cocina o ensangrentado –a veces identificado como un saco para el pan– y en la otra un ramo de flores o, más raramente, una hogaza. Esas variantes se sustentan en leyendas y reinterpretaciones zonales, adaptadas a las circunstancias de cada lugar y tiempo. En cualquier caso, se trataba de representar la humildad del santo, su dimensión caritativa y compasiva y su fortaleza espiritual, al margen de la discriminación racial derivada de su color y de su origen esclavo.

En cada capítulo se aportan las fotografías de las estatuas y otros formatos, en muchos casos segregando detalles diferenciadores o de interés, con la explicación de sus caracteres y tamaños y los lugares específicos donde se alojan; así como las fotografías de los recintos donde se localizan, en un gran número, conventos de franciscanos y de clarisas. El recorrido geográfico es exhaustivo, lo que en el capítulo dedicado a España va del Sur, donde las imágenes son más abundantes, al Norte, llegando a las islas Canarias y Baleares. Especial atención se dedica a Galicia, donde el número de esas imágenes es sin duda sorprendente; se ubican en villas y ciudades donde hubo conventos vinculados a los franciscanos o a sus órdenes terceras, y en algunas parroquias rurales que estaban en las zonas de influencia de aquellos.

Igual de meritorios son los demás capítulos, como el extenso y pormenorizado dedicado a Portugal, aunque sin duda son los consagrados a la América hispánica y a las antiguas colonias portuguesas en América y en África los que aportan mayor dosis de interés por los datos y explicaciones que el autor da sobre la llegada del culto a San Benito a lugares tan lejanos, su contexto, sus causas y sus caracteres y la situación actual del culto. El aporte iconográfico se enriquece con fotos de ritos y fiestas actuales, de carteles anunciadores de festejos, de procesiones con el santo engalanado de billetes y exvotos, y con la iconografía más reciente, del siglo XX, alojada en templos de factura pos-vaticana. La inclusión de las imágenes conservadas en museos es una excelente idea por cuanto las desamortizaciones del siglo XIX y la exclaustación del clero regular en 1835 implicaron pérdidas del patrimonio conventual o su traslado a los museos; es cierto que no es lo mismo ver una escultura en una sala museística que en un retablo o en una fachada de iglesia, pero sirven para tener presente aquello que se perdió.

En definitiva, este meritorio y generoso trabajo no solo tiene interés en sí mismo, sino que puede ser útil para investigaciones futuras sobre una variante del santoral, la de los hombres y mujeres racializados, que todavía necesita más estudios.

Ofelia REY CASTELAO
Universidad de Santiago de Compostela